

Reportaje ► TRASTORNO POR DÉFICIT DE ATENCIÓN E HIPERACTIVIDAD

UN DÍA A DÍA CUESTA ARRIBA

AUNQUE A ALGUNOS LOS HAYAN TACHADO DE VAGOS, DESOBEDIENTES O MALEDUCADOS, NO LO SON. SON NIÑOS CON TDAH, CUYO DIAGNÓSTICO TEMPRANO ES VITAL

► TEXTO: TERESA R. BERMÚDEZ
FOTOS: PEPE TEJERO/J. VÁZQUEZ/J. CERVERA MERCADILLO

El TDAH (Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad) es uno de los trastornos infantiles más comunes, aunque es difícil dar cifras exactas, ya que todavía son muchos los casos que no llegan a diagnosticarse. Se estima que lo padecen entre el 3% y el 7% de los niños y jóvenes españoles, lo cual equivaldría a uno o dos niños por aula. En Lugo, ascienden a 60 el número de familias que forman parte de la asociación Bule Bule, que agrupa a quienes están afectados por este problema.

A Brais del Olmo Brasero le diagnosticaron déficit de atención

cuando tenía 7 años. Hoy, con 13, es tan consciente del problema que sufre que él mismo es el encargado de recordarle a su madre que es la hora de tomarse la medicación. Brais sabe que necesita los fármacos para poder concentrarse en el colegio y estudiar, y así se lo cuenta a la psiquiatra a la que acude regularmente. También hace muchas cosas impulsivamente a las que después no les encuentra explicación, pero cuando se da cuenta es tarde. En su clase hay otros dos niños que padecen su mismo problema.

Su madre, Flor del Olmo, asegura que nunca había visto nada anormal en la conducta de Brais, hasta que en el colegio, cuando

tenía siete años, detectaron que algo ocurría con el niño y que ese algo le estaba afectando en su rendimiento escolar. «Lo llevé a un profesional y cuando me dijeron lo que tenía y que la única solución era medicarlo fue un palo muy grande. Fue muy difícil tomar la decisión de imponerle una medicación con tan solo siete años», explica Flor.

La vida de ambos cambió a partir de entonces, tanto como los resultados académicos de Brais, que empezaron a ser excelentes, pues ya era capaz de prestar atención en clase. Por todo, hoy su madre se muestra satisfecha de haber tomado la decisión correcta.

Flor reconoce que no es un ca-

mino fácil, porque los fármacos tienen también unos efectos secundarios que les han obligado a cambiar ciertas rutinas. La pérdida de apetito durante las horas que dura el efecto de las pastillas es un hecho, así que la comida del mediodía prácticamente ha desaparecido del día a día de esta familia. Brais hace un desayuno completo y hasta las seis de la tarde no vuelve a recuperar el apetito. Una merienda y después una cena consistente completan sus comidas del día. Flor también se ha adaptado a esta rutina.

Uno de los mayores handicaps con los que se encuentra esta familia, asegura Flor, es la falta de comprensión de la sociedad hacia sus circunstancias. «Hablan de los niños que lo padecen como de vagos, que no se enteran de las cosas... Solo te entiende el que lo padece», afirma apenada. Esta madre da gracias a la asociación Bule Bule, donde ha encontra-

Flor del Olmo



Cuando con siete años me dijeron que tenía que medicar al niño, fue un palo muy grande»

Margarita Vázquez



Yo no sé si la medicación es veneno o no, pero mi hija la necesita y está mejor»

do un apoyo fundamental y un grupo de gente con la que poder compartir sus problemas. Al mismo tiempo, Flor también pide un profesorado más formado en este tipo de trastornos, que sea capaz de detectar y hacer frente sus dificultades en las aulas.

Cuando mira hacia el futuro, lo que más le inquieta es si su hijo tendrá que tomar una medicación de por vida, por lo que prefiere no planteárselo: «Eso depende de cada persona», apunta.

LO QUE EMPEZÓ COMO EPILEPSIA. Al igual que a Brais, a Enma Bourio Vázquez también le detectaron el déficit de atención en el colegio. Con tres años empezó con unos pequeños episodios de epilepsia en los que durante unos segundos se quedaba con los ojos en blanco, se caía e incluso era incapaz de controlar los esfínteres. Acababa de tener un hermano pequeño y su madre, Margarita Vázquez, achacaba todo aquello a problemas de celos. Pero cuando estos episodios se prolongaron en el tiempo, decidieron acudir con ella al pediatra. Lo primero fue tratar la epilepsia, que poco a poco fue desapareciendo, para después recibir el diagnóstico del neurólogo: la niña padecía déficit de atención.

Enma era incapaz de seguir ningún juego, rápidamente perdía interés por las cosas, continuamente estaba cambiando de actividades y se despistaba con todo. «Era incapaz de terminar de contarte algo y cuando leía o tenía que copiar algún texto se saltaba los renglones... Yo tenía que estar con ella durante el tiempo que hacía los deberes para ayudarla», cuenta Margarita. Fue entonces cuando ella y su marido decidieron probar con la medicación: «Yo no sé si es veneno o no, pero mi hija la necesita para estar bien y,



Flor del Olmo, con su hijo Brais.

de hecho, ahí están los resultados».

La pequeña ha tenido sus más y sus menos en el colegio con algunos profesores —«me llegaron a decir que no sabían qué iban a hacer con mi hija y eso nos causaba una gran preocupación como padres, porque veíamos que no eran capaces de gestionar el problema. Al fin y al cabo en el aula es donde la niña pasa la mitad del día», cuenta esta madre— e incluso se llegaron a plantear matricularla en un colegio privado, pero Margarita tiene otros dos hijos y asegura que no puede permitírselo.

En la actualidad, a sus diez años, Enma es una auténtica luchadora y, consciente de su problema, se esfuerza por obtener los mejores resultados en el colegio. La medicación le ayuda a llevar una vida normal. «Esto no es una enfermedad, es una deficiencia», matiza su madre.

AGARRARSE AL DEPORTE. Al igual que Brais y Enma, Anxo López intenta superarse día a día. En su caso es el deporte el que ayuda a este joven de 13 años a luchar por llevar una vida normal, después

de haber pasado temporadas de auténtico desánimo. «Llegó incluso a no querer salir de casa», confiesa su madre.

Anxo tiene déficit de atención e hiperactividad y Carmen explica que, desde que era muy pequeño, el niño siempre fue muy inquieto y que con él no funcionaba ningún tipo de premio ni de castigo a la hora de conseguir un buen comportamiento. Fue cuando cursaba tercero de Primaria cuando en el colegio detectaron que era incapaz de prestar atención y decidieron llevarlo a un especialista. El diagnóstico no se hizo esperar.

El niño empezó entonces a tomar una medicación, pero rápidamente aparecieron unos preocupantes efectos secundarios, que llevaron a sus padres a interrumpirla. «El niño no comía, perdía mucho peso y además empezó a caérsele el pelo. Hoy está completamente calvo», cuenta Carmen resignada. Sin embargo, sin medicación, la situación empezó a empeorar. A las burlas continuas en el colegio por estar sin pelo se unió el bajo estado de ánimo del niño, que le llevó incluso a plantearse dejar el deporte que tanto

Carmen Calvar



Mi hijo llegó a estar muy desanimado y a no querer salir de casa. El deporte le ha ayudado»

Javier Estévez



El 45% de los padres de niños con TDAH también lo tienen ellos, pero no lo saben»

bien le estaba haciendo en su lucha por superarse. «La hora de sentarse a estudiar era terrible. No llegó al extremo de situaciones que se pueden ver en el programa 'Hermano mayor', pero los golpes de las puertas y las sillas sí eran frecuentes, por la impulsividad que tiene», recuerda Carmen.

Fue entonces cuando, deses-

perados, decidieron acudir a un especialista en Santiago que les propuso unos fármacos que hoy en día les están dando buenos resultados. «En los estudios va bien, en casa está más calmado y ha logrado recuperar sus logros en el deporte», dice esperanzada esta madre. Carmen no duda que les espera un camino difícil, pero está segura de que Anxo va a ser capaz de llevar una vida completamente normal.

LA NECESIDAD DE UNA TERAPIA.

El apoyo a todos estos niños que padecen TDAH con una terapia es fundamental. El tratamiento no solo pasa por los fármacos, sino también por otras muchas cosas que les ayudan a afrontar un problema que, detectado a tiempo, tiene solución. La asociación Bule Bule de Lugo recibe el respaldo fundamental del psicólogo Javier Estévez, que es capaz de comprender el problema en primera persona, porque él también sufre este mismo trastorno.

Estévez reconoce que es un problema muy difícil de diagnosticar y que, además, se trata de algo hereditario: «El 45% de padres de

niños con TDAH lo tienen ellos también, aunque no lo saben. En muchos casos hay un problema de aceptación», asegura.

Este psicólogo parte de una pauta general de actuaciones para cualquier familia que tenga una persona que padece TDAH, que es el refuerzo positivo. «Suelen ser niños que escuchan un «muy mal» muchas veces al día, cuando un «muy bien» va a funcionar correctamente. A las personas con este trastorno les salen las cosas mal y si no se refuerza mucho no van a llegar a rendir», asegura. Después, asegura que cada persona es un mundo y necesita un tratamiento específico, adaptado a todas sus problemáticas.

Para este psicólogo, el control externo en este tipo de problemas es fundamental. «Son gente que necesitan de un guía que les motive desde lo positivo», asegura. En este sentido, la labor de la escuela es fundamental para mitigar esa carga. «Habría que cambiar este sistema educativo, centrado en el refuerzo negativo y en un trabajo de repetición que los TDAH no aceptan», concluye Javier Estévez.



Carmen Calvar, con su hijo Anxo.



Enma Bourio Vázquez.



El psicólogo Javier Estévez.